

tar mis inquietudes, y turbar para siempre la antigua tranquilidad de que gozaba: acabad de emponzoñarme; salgamos de una vez, y veamos hasta dónde llega mi error ó vuestra ilusion.

No te diré, Teodoro, por qué motivo, ó con qué intencion tomé este partido, y ahora mismo que lo examino, no puedo adivinarlo, pues entónces no podia esperar fruto de esta diligencia. Es verdad que sus discursos me habian confundido; pero todavía no me sentia dispuesto á mudar de opinion, y ménos de conducta. No sé si todavía conservaba una esperanza secreta de que no podria desempeñar esta parte como la otra, y que esto me dejaría con ventaja. Quizá tambien lo hice por descansar un poco de las reflexiones urgentes con que me oprimia, ó en fin, lo que es mas cierto, Dios movió á mi corazon inicuo, para que por este medio acabase de entrar en él su divina luz.

El hecho es, que al instante que el padre vió que yo mismo le solicitaba para que me explicase el plan y las pruebas de toda la religion, su semblante modesto se cubrió de color, y sus ojos se encendieron en un júbilo celestial. Observé que con un movimiento indeliberado los levantó al cielo, y que despues volviéndose á mí, con su ordinaria suavidad me dijo: Con gusto, señor. Hay muchos en esta casa que lo pudieran hacer mejor que yo; pero pues me lo mandais, y ahora es tarde, empezaremos mañana.

El padre se fué, yo quedé como puedes discernir, y poco despues me sentí como arrepentido de haber tomado este empeño, que me ponía en la necesidad de contrastar con el padre: pero nada de esto te puedo explicar, porque estoy cansado de escribir. En mi primera te diré lo que me pasó al otro dia.—A Dios, Amigo.

CARTA XI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: el padre al otro dia empezó á cumplirme su palabra; ve aquí lo que me dijo.

Señor: la religion cristiana empezó con el mundo, y la verdadera religion no podia tener menor antigüedad. La razon basta para hacernos comprender que un Dios omnipotente, tan justo como sabio, no puede criar nada que no sea para su gloria, y que criando al hombre, la última y la mejor de sus obras, dotado de inteligencia y de un espíritu inmortal, libre y capaz de escoger entre el bien y el mal, de merecer y de desmerecer, era digno de su sabiduría y de su justicia, que le diera conocimiento de su Criador, y le hiciera sa-

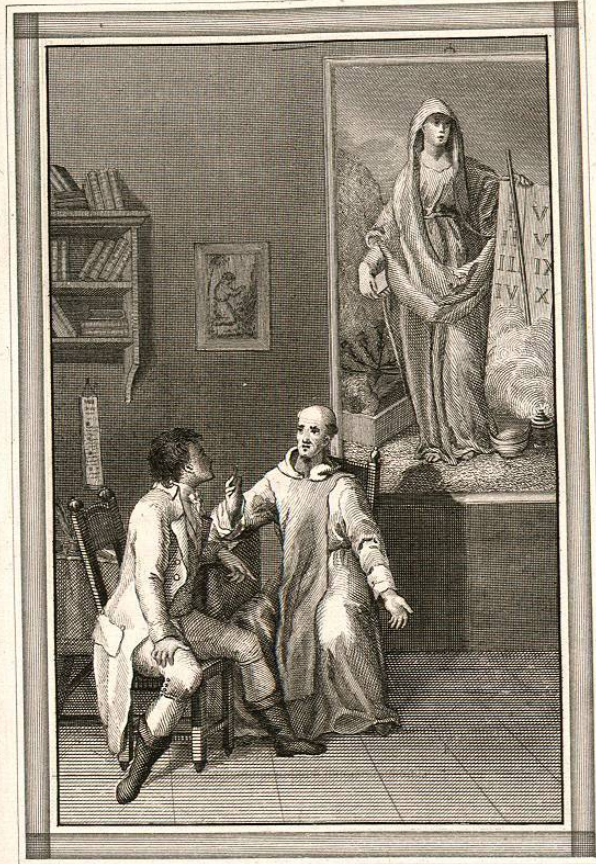
ber tanto las reglas con que debe vivir, como el culto que le debe tributar; que por consiguiente la primera obligacion del hombre era reconocerle, adorarle, obedecerle, y merecer por estas virtudes una felicidad que no puede dejar de ser eterna, pues su alma lo es.

Estas nociones tan simples y tan justas, que la razon nos dice, las repite tambien la religion, pues nos enseña que al instante que Dios crió á Adan, se lo hizo conocer, y le impuso leyes; que Adan débil se dejó seducir, y las violó; que Dios le castigó privándole del estado de inocencia en que le habia criado, dejándole en manos de su consejo, y condenándole con su posteridad al trabajo, al dolor y á la muerte.

Pero que este Dios de bondad, que en medio de sus iras jamas olvida sus misericordias, desde entonces le consoló, prometiéndole que á su tiempo le enviaria al Hijo de la muger, que seria el reparador de aquel delito. *Yo haré, dijo en presencia de Adan al tentador disfrazado con la piel de la serpiente: yo haré que tú y la muger seais enemigos. El Hijo que nacerá de ella destrozará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañal.* Esto es (1), él destruirá tu imperio, abatiendo tu orgullo, y tú destruirás lo que es débil en él.

Estas fueron las primeras palabras con que Dios

(1) Génes. iii, 15.



Tratado de la Religion Judaica, y pruebas que certifi- can viene de Dios desde el principio del mundo, por toda la Carta XI.

anunció á los hombres un Mesías, un Enviado, un Redentor, que debia reparar los daños de Adan. El Hijo de la muger no puede ser otro que Jesucristo. La primera parte de la promesa divina se cumplió, cuando con su muerte redimió á la posteridad de Adan, que habia quedado sujeta al imperio del diablo; y la segunda, cuando este con su rabiosa astucia indujo á los judíos á la muerte de Jesucristo.

Es verdad que entónces Dios no se dignó de revelar á Adan este consuelo con toda la claridad con que se explicaron despues los profetas, y con la evidencia con que los sucesos posteriores verificaron estas profecías en la persona de Jesus. Pero tal es el órden sabio de la dispensacion divina; jamas revela sus arcanos sino con oportunidad y á medida de las necesidades; y en este misterio tan digno de su grandeza, y tan importante para remedio de los hombres, observó esta bien ordenada progresion de luz y de claridad.

Reflexionemos de paso como á medida de que los tiempos se avanzaban, y que nuestras necesidades lo exigian, fué descubriendo este secreto soberano, sacándole de su seno divino, segun las circunstancias en que su conocimiento podia sernos útil.

A Adan no le dijo sino que enviaria un Redentor para que salvase su posteridad; esto bastaba para su consuelo. Dos mil doscientos y setenta

y un años despues promete á Abraham por recompensa de su heróica fe que saldria de su prosapia aquel Redentor. La misma promesa y en los mismos términos repite á su hijo Isaac.

Pero á su nieto Jacob añadió muchas luces; pues cuando este patriarca en el lecho de la muerte, cercado de sus doce hijos, les anuncia que formará cada uno una tribu, y explica á cada cual sus futuros destinos, asegura á Judá que el Redentor nacerá de la suya, y le añade (1): que su tribu obtendria el imperio de Israel, y que no se le quitaria hasta que llegase este Redentor que se esperaba. Muchos años despues Moises, poco ántes de morir, dijo expresamente á todas estas tribus (2): Dios suscitará de vuestra nacion uno de vuestros hermanos, que será un profeta como yo, esto es, legislador y gefe del pueblo; y añadió: escuchadle.

Pero hasta allí todas estas promesas no eran mas que generales; porque como he dicho, estando todavía léjos el nacimiento de este Salvador, no era todavía necesario ni útil declarar las señales características que le debian hacer reconocer, ni indicar el tiempo en que se le debía esperar. Dios no comunicaba sus luces para satisfacer la curiosidad de los hombres, sino para animar en ellos la fe, la confianza, y los deseos que debía

(1) Génes. xlix. 10. (2) Deuter. xviii. 18. 19.

excitarles la esperanza de este Salvador. Por eso las proporcionaba á las circunstancias de cada siglo; y por eso cuando se acercó el instante de su advenimiento, las fué multiplicando hasta darlas al fin con abundancia. Los profetas posteriores fueron muy numerosos, y cada cual añadía un grado mas de luz á sus predecesores.

David, que como de la tribu de Judá y como rey de Israel por eleccion divina, estaba designado en la profecía de Jacob para ser uno de los ascendientes, derramó nuevas y grandes luces para que se le pudiera reconocer. Despues vinieron otros, y todos añadieron señales distintas y mas características que le debian distinguir. Unos anunciaban diversas cualidades y excelencias de su persona; otros profetizaron muchas circunstancias de su vida y de su muerte; y Daniel, el mas positivo de todos, determinó con precision el tiempo de su advenimiento.

Pero dejemos ahora este asunto, de que podremos hablar despues con mas extension. Esta breve noticia solo debe servir para observar que desde que Dios hizo entrever á Adán la esperanza de este Reparador, que debía librar á su posteridad del estrago de que era causa, este Reparador debía ser el primer objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas; que sus hijos y descendientes noticiosos de esta promesa, y tan interesados en su cumplimiento, debian ser los herederos de

los mismos afectos; y que en efecto lo fueron todos los que no se olvidaron de Dios, ni abandonaron la religion y el culto de sus padres, tales como Abel, Sem, Noé, Job, Melchisedech y otros muchos.

Así, pues, rigurosamente hablando, todos estos fueron cristianos, pues todos aguardaban este Redentor, que habia de ser el Cristo ó el Ungido del Señor: todos suspiraban por este Reparador ó Mesías prometido, único y continuo objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas, único medio de su felicidad eterna; pues no pudiendo por sí aplacar la justicia divina, solo lo podian conseguir por la esperanza de este Mediador y en vista de sus méritos futuros. Los judíos, á quienes despues Moises sacó de la esclavitud de Egipto y condujo á la tierra en que debia nacer y morir este Mesías, tambien lo esperaban, lo deseaban y no se pudieron salvar sino por él.

Así toda esta nacion no solo creia la promesa, sino que la deseaba, y fundaba en el advenimiento de Cristo toda la esperanza de su felicidad; y esto es tan cierto, que sus infelices descendientes, que ciegos desconocieron y crucificaron al Redentor divino, le esperan todavía sin mas diferencia de ellos á nosotros, sino que nosotros gozamos ya el fruto de la promesa, y aquellos no la gozan, y le esperan todavía. Pero los que le reconocieron y los que ántes de su venida le espera-

ron, fueron cristianos en su corazon; y unos y otros han hallado en sus méritos el remedio de los males de Adan.

Dejemos ahora estas reflexiones, y volvamos á la historia. Los descendientes del infeliz Adan, herederos de su flaqueza, habiéndose multiplicado mucho, se vieron obligados á dividirse y formarse en naciones diferentes: se derramaron por la tierra; y con el transcurso de los siglos no solo perdieron la memoria de los sucesos primitivos, no solo abandonaron la religion de sus padres, sino que olvidando hasta la idea del verdadero Dios, se dieron á la idolatria mas grosera, y se entregaron á los deseos insensatos de su corazon.

Las generaciones sucesivas corrompieron todos sus caminos, y merecieron que se les escondiese la verdad, pues habian preferido la mentira. Pero Dios no usa siempre de su justa severidad, y consulta su misericordia. Despues de muchos siglos de excesos y de vicios purificó la tierra por un diluvio, preservó de la general inundacion una familia santa, que fué la del justo Noé, pobló con ella la tierra de habitadores nuevos, y dispuso otros medios que pudiesen conducir otra vez á los hombres á su primera institucion, y preparó los caminos para la venida del Redentor prometido.

Estos designios eran grandes; y para ejecutarlos escogió de entre las nuevas naciones el pueblo particular que he dicho, el pueblo hebreo, descendien-

te de Abraham, á cuya descendencia lo habia Dios prometido, y por eso desde entónces quiso llamarse Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. A este pueblo constituyó depositario de sus oráculos, promesas y leyes; le encargó el honroso cuidado de conservar la religion, y de trasladar á todas las edades verdades útiles; lo gobernó por sí mismo, pues aunque tambien gobierna el universo, en el pueblo hebreo ejercia al descubierto el imperio que en los otros ejerce de un modo invisible. Le comunicó una parte del misterio de sus consejos, le hizo saber su voluntad, le dió una ley, y le manifestó el juicio que hace de las acciones de los hombres, y los castigos ó recompensas con que los aguarda.

Lo que es mas admirable, y que yo os pido empecéis á observar es, que para que estas instrucciones y documentos no se borrasen de la memoria de los hombres, y para que al mismo tiempo sirviesen de prueba incontrastable á los pueblos futuros, los hizo consignar en monumentos tan auténticos y durables, que la misma nacion los ha respetado siempre, y los respeta hasta hoy como divinos; monumentos que existen todavía, y á cuya fuerza y conviccion no puede resistir la buena fe.

Este pueblo estaba entónces reducido á las doce tribus que habian salido de los doce hijos de Jacob; pero se habian multiplicado mucho, y vivian en

Egipto sujetos á la mas miserable esclavitud; y para conducirlos á la tierra prometida, en que debia nacer el Salvador que lo repararia todo, Dios escogió uno de entre ellos llamado Moises, á quien nombró caudillo de todos los demas. El Señor se manifestó á este grande hombre mas que se habia hasta entónces manifestado á ningun otro mortal; le habla y dice (1): *Yo soy el que soy: como que Dios es el único que existe por sí mismo; como que á su vista todo lo que existe no es mas que sombra.* El Dios, Criador de todo, quiso ser conocido, y que se le adorase con este nombre incomunicable y magestuoso.

Moises fué, pues, el instrumento de que Dios se sirvió para comunicarse á los hombres, y hacerles saber su voluntad. A fin de que Moises pudiese probar su mision divina, lo revistió de fuerza y de poder, le comunicó una parte de su omnipotencia dándole virtud para suspender ó ir contra la naturaleza, siempre que fuera necesario.

Para que no se perdiera la historia de los sucesos primitivos, y que pasase con fidelidad á los siglos venideros, le mandó escribir un libro que refiriese todo lo acaecido desde el tiempo de la creacion hasta el momento de su existencia, y le mandó añadir todo lo que sucederia en el intervalo de su propia mision. Moises obedeció y es-

(1) Exod. iii. 14.

cribió estos libros. El mismo Dios le dictó una ley para el mismo pueblo, en que explicaba tanto lo que debían hacer para vivir entre sí con paz y justicia, como el modo y el culto con que le debían adorar.

Vos me diréis, señor, que os estoy contando una novela ó una fábula; que ¿cómo puedo saber historias tan antiguas y que parecen absurdas; que quién puede asegurar hechos tan lejanos y extraordinarios; que de dónde he sacado noticias tan inverosímiles? Pero yo puedo responderos que lo he sacado todo de esos libros que Moises escribió por órden de Dios, y que fueron dictados por Dios mismo: de esos libros, que son los mas antiguos del mundo, y los únicos que han podido enseñar al hombre su origen, su naturaleza y sus destinos; de esos libros escritos por Moyses, que fué caudillo de su pueblo, á quien hoy todavía la nacion judía reconoce por su gefe y por su legislador.

Por Moises, que al mismo tiempo que publicó este libro probaba su verdad y la divinidad de su mision con milagros tan indubitables y patentes, que el pueblo mismo que los veía no podía dudar que Dios le autorizaba, dándole poder para ejecutar prodigios tan superiores al esfuerzo humano. Por Moises, que no podía engañarse ni engañarlos; pues cuando hablaba de lo pasado, no referia sino lo que sabían casi todos, como que su objeto

no era instruir á sus contemporáneos, tan instruidos como él de aquellos hechos, sino conservarlos á la posteridad, para que no se perdiese entre los judíos la memoria, como se habia perdido en las demas naciones; y cuando hablaba de los que pasaban en la actualidad, no referia sino lo que todos estaban viendo á cada instante.

Finalmente, yo lo he sacado de unos libros, que al instante que salieron de las manos de Moises, fueron respetados de todo el pueblo que los recibia, y que eran compañeros y testigos de todo lo que cuentan; que hoy mismo son venerados y creidos por sus descendientes, como oráculos y depósitos de la verdad; y que por el sagrado y religioso respeto con que estos los conservan desde entónces, han podido llegar á nuestras manos íntegros, intactos y puros, sin que haya sido posible alterarlos ó corromperlos.

Ve aquí, señor, grandes títulos para obtener la creencia. ¿Y qué razon podrá resistir á su fuerza, si es posible mostrar al mismo tiempo su legitimidad? Esto es lo que esperó conseguir: yo os demostraré la autenticidad, la autoridad, la infalibilidad de estos libros, y por consiguiente que es imposible dejar de creer lo que se dice en ellos. Tened paciencia, y veréis como todo se va desenvolviendo poco á poco.

Que Moises haya sido legislador de los hebreos es un hecho acreditado por las pruebas mas segu-

ras, por la tradicion mas constante y mas universal, por los monumentos mas respetables, y por los testimonios ménos sospechosos. ¿Por qué, decia San Agustin, creemos con tanta seguridad, que ha habido en otros tiempos personajes famosos, grandes conquistadores, excelentes oradores y legisladores ilustres? ¿Con qué fundamento no dudamos del tiempo de los autores que han escrito ciertos liuros? Es porque los contemporáneos no lo han dudado, y porque desde entónces la creencia se ha conservado entre los hombres. ¿Cuánto mas debe no dudarse de la legislacion de Moises, pues no solo sus contemporáneos recibieron los libros de su mano, los conservaron con respeto, y los siguieron de punto en punto, sino que los escritores posteriores los testifican de siglo en siglo, y no hay ninguno de sus libros en que Moises no esté citado como el fundador de la república judáica y como el primer legislador de la nacion?

¿Pero cómo era posible dudarle, cuando se ve que la autoridad de Moises y la certidumbre de la historia que ha escrito, eran todo el fundamento de las leyes, ritos, usos, ceremonias, fiestas, sacrificios, y en general de la conducta pública y particular de los judíos? Cerca de veinte siglos subsistió el estado político de este pueblo, y en todo este tiempo jamas reconoció otras leyes que las de Moises, ni tuvo otro culto que el que le

prescribió de órden de Dios en el desierto. Hoy mismo, despues de otros mil y ochocientos años, sus descendientes no conocen otra doctrina que la que recibieron sus mayores en los libros de aquel legislador. Que se me cite uno de cuantos formaron imperios, ó han dado leyes á las naciones, cuyo nombre y memoria haya venido hasta nosotros por una tradicion tan clara y tan seguida, ni que se haya merecido tan inalterable veneracion.

Cuando no hubiera otro fundamento para despreciar las paradojas de la incredulidad, que su imposibilidad de fijar el origen de esta tradicion, bastaria para cerrarles la boca. Pero hasta los escritores del gentilismo, que conocieron la nacion judía, la certifican, y sin hablar de muchos de sus libros que se han perdido, y que los padres citan en sus obras, los que nos han quedado bastan para acreditarla. Josefo afirma como verdad sentada, y no teme ser desmentido, que Moises vivia en tiempos anteriores á los tiempos en que la fábula supone sus dioses, sus reyes y sus héroes, por consiguiente muy anteriores á los siglos en que la historia habla de sus legisladores y de sus reyes.

—Estando aquí, me pareció que yo podía olvidar muchas especies, sobre todo el órden con que las referia; pedí licencia al padre para tomar la pluma, y hacer pequeñas notas que me las recor-

dasen. El padre me lo permitió, y estas notas son las que ahora me sirven para escribirte esta y las demas cartas; pero ¡ay Teodoro! ¡cuanto pierdes en mi resumen! ¡Qué abundancia, qué estilo, qué elocucion la de este hombre sublime! y al mismo tiempo ¡qué union, qué modestia, qué fuerza! Yo apunté lo que habia dicho hasta entonces. Me puse á escucharle de nuevo, y continuó así.

—No es ménos cierto que los libros de Moises son los mas antiguos de cuantos existen en el universo, y que han sido verdaderamente escritos por Moises mismo. Estos libros eran ya conocidos en tiempo de Antioco Epifanes, el mas implacable enemigo de la ley y de la nacion Judaica: tambien lo eran en tiempo de los primeros Ptolomeos; pues la traduccion de los Setenta los esparció por todas partes.

Tambien lo fueron de las diez tribus de Israel, cuando fueron transportados á Asiria; y fueron tan conocidos como reverenciados de los samaritanos, que los recibieron de las diez tribus separadas, y que los conservaron tan religiosamente como los judíos. Todos confiesan igualmente haber recibido de Moises estos libros divinos, como una herencia preciosa, como un depósito sagrado.

Que se me explique cómo las diez tribus que se separaron de las dos, y que eran tan enemigas y zelosas de ellas, pudieron continuar respetando

los mismos libros, y viviendo bajo la misma ley, sino porque esta ley y estos libros existian antes de su separacion, y eran mas antiguos que el cisma; pues es claro que la enemistad que el cisma produjo entre ellas, no permitia que las unas tomasen nada de las otras despues de su separacion.

Por el contrario, las unas hubieran sido testigos de la inovacion, y censores de su sacrilega osadia, si las otras se hubieran atrevido á atribuir á su legislador alguna cosa que no fuera cierta. La uniformidad de libros y creencia entre dos pueblos tan enemigos, y que con tan igual y rígido zelo respetaban todo lo que pertenecia á la ley, prueba invenciblemente que aquellos libros, que son los mismos que tenemos hoy, existian antes de la separacion de las tribus en la nacion entera.

¿Y cómo ó por qué esta nacion adoptó y recibió en nombre de Moises unos libros, que no solo la obligaban á leyes y observancias extremadamente difíciles y penosas, sino que la trataban con el mayor desprecio? Nadie ignora que en ellos se habla de aquel pueblo con deshonra y ultraje, como indócil y rebelde, como ingrato y ciego, como impío é idólatra, como que no hace lo que debe sino á fuerza de castigos, y que desde que se le deja de la mano, vuelve á caer en sus infamias; en fin, nada se dice en ellos que no deba envilecerle y avergonzarle,

Y si apesar de tantos improperios los adopta con respeto tan religioso, que no hay en el mundo ejemplo igual; y si hoy todavía conserva con el mismo estos monumentos de su deshonor é ingrátitudes, ¿por qué será, sino porque se vió forzado á recibirlos por los innumerables prodigios que de órden de Dios hizo Moises á su vista para acreditar su mision?

Tampoco es posible negar la autenticidad de estos libros sin negar la historia entera del pueblo judío y todos sus monumentos. Los escritos de los profetas, los salmos de David, y los demas libros de la nacion estan fundados sobre los de Moises, como un edificio sobre sus cimientos. Todos se refieren al Pentatéuco como á un centro comun, todos son como las partes de un cuerpo indivisible, que se sostienen las unas á las otras.

Las diferentes épocas de los judíos son de la misma naturaleza que sus libros. Todas se corresponden y estan unidas con lazos indisolubles; todas presentan ó suponen una serie ordenada de hechos públicos, que á no ser verdaderos no fuera posible imaginarlos, y ménos persuadirlos á una nacion entera. En los tiempos de los jueces, de los reyes, de los pontífices, en fin, desde Moises á Jesucristo la ley ha sido citada, recibida, respetada y grabada en todos los corazones como el único fundamento de la religion y de la política de aquel pueblo.

Fuera de estos libros habia en la nacion otros monumentos imposibles de alterar, y mas propios á perpetuar la memoria de los grandes sucesos. Tales eran las fiestas, las ceremonias, y todo lo que servia al culto público. Esta era una historia viva que hablaba á los ojos de la nacion. En ella leia continuamente los prodigios de su legislador, oia la obediencia que debia á las leyes, cuya autoridad se sostenia con prodigios tan indubitables. El arca de la Alianza y la urna llena de maná eran un monumento auténtico é incontestable del alimento milagroso con que Dios los habia socorrido en el desierto.

La vara de Aaron conservada en el arca hacia ver que el soberano sacerdocio fué conferido á este pontífice y á su posteridad. Las tablas de la Alianza demostraban el establecimiento de la ley. La fiesta de pascua, que era la principal y mas augusta, recordaba la muerte de los primogénitos de Egipto, la libertad de los israelitas, y el paso del mar Rojo. La de Pentecostes conservaba la memoria de la promulgacion de la ley en el monte Sinai. Estos son hechos de que nadie duda, pues que aun los judíos de hoy los observan.

Ahora ós pregunto: ¿Es posible imaginar que en medio de una grande nacion un impostor sin autoridad y sin milagros haya podido persuadir á sus contemporáneos, que han aprendido de sus